

Espriu, Vinyoli, Rodoreda, Brossa, Manent, Joan Fuster, Blai Bonet, Pedroló, Capmany, Ferrater, Calders, Tisner, Benguerel, Viladot, Joan Sales, Pere Quart, Joan Teixidor y Villalonga, han sido substituidos por autores, quizás de menos renombre, pero que han provocado una auténtica eclosión. Ha sido como una democratización en que han coincidido autores ya clásicos como Joan Perucho, Josep Palau i Fabre o Jordi Sarsanedas con chicos que rondan los veinte años. En los habituales recitales poéticos que se celebran en Barcelona, que han recuperado las tradiciones novecentistas y libertarias de nuestra literatura, se pueden encontrar poetas de diferentes lenguas –el cosmopolitismo de Barcelona es un fenómeno innegable que se puede constatar paseando por los barrios más céntricos– y también de diferentes generaciones. Ni la torpeza, ni los maniqueísmos lingüísticos auspiciados por políticos de diferente signo han conseguido romper la armonía, cooperación y amistad entre los numerosos escritores catalanes y castellanos que conviven –no cohabitan– en Barcelona.

### **La poesía a examen**

Si hemos citados los nombres de Perucho, Palau i Fabre y Sarsanedas mientras hablábamos de narrativa, tendremos que convenir que en el ámbito catalán, algunos de los prosistas con más talento provienen de la poesía. Estos tres nombres no son una excepción si los sumamos a los también citados Miquel de Palol y Maria-Mercè Marçal. A esta lista deberíamos añadir uno de los grandes maestros de la literatura actual: Miquel Bauçà. Nacido en Felanitx, Mallorca, en 1940, el poeta y excelente prosista tiene algunos de los títulos más extraños y conmovedores de lo que se ha publicado durante las últimas décadas a pesar de ser casi un desconocido. Desde su primer poemario *Una bella història*, de 1962, hasta los de culto como las novelas *Carrer Marsala* y *L'estuari* o la monumental enciclopedia ideológica *El canvi*, Bauçà ha sido, conjuntamente con Blai Bonet, uno de los poetas que mejor ha sabido transcribir las imágenes surreales con más potencia emotiva. A su lado hay que citar otros ejemplos de la mejor poesía que se está haciendo en el país, como Feliu Formosa, Lluís Alpera, Joan Margarit, Miquel Martí i Pol, Narcís Comadira, Antoni Marí, Marta Pessarrodona, Francesc Parcerisas y Pere Gimferrer. Esta lista apresurada y de memoria de nombres demuestra la calidad de una poesía que en nada desmerece a la de la difícil época franquista. La obra de estos autores ejemplifica los intereses estéticos de su tiempo y en todas ellas podemos encontrar desde elementos realistas a simbolistas pasando por el surrealismo o la

imaginería barroca. La búsqueda formal y el compromiso estético han superado el espíritu gregario y las tendencias. La individualidad, la originalidad y los ojos bien abiertos a otras tradiciones, desde la alemana de Formosa, la anglosajona de Parcerisas y Pesarrodonna, la italiana de Comadira, la francesa de Marí o la española de Margarit, ha convertido a esta generación en un referente para lo que fue la eclosión de los años setenta en que las revistas, las editoriales e infinidad de tribunas vieron nacer las obras de Marçal, DescLOT, Pont, Pinyol, Bru de Sala, Sala-Valldaura, Medina, Creus, Alaió, Granell, Piera, Navarro y Terron, además de un largo etcétera.

El compromiso político de la eclosión de la *Generació dels setanta* coincidió con la reivindicación de algunas figuras semiolvidadas, como Bartra, Foix, Brossa, Estellés o Blai Bonet, en un auténtico cruce de culturas que unió la transición política a una especie de renacimiento de colectivos y de autores. La república de las letras mostraba un vigoroso caos estético, que fue contestado por algunos de los poetas de la generación surgida durante los ochenta, que buscó los mismos u otros referentes, pero sobre todo, desde un punto de vista más riguroso y académico. Los espacios domésticos, el *rock*, la pintura, la tradición latina, el barroco o el surrealismo fueron algunas de las constantes de unos autores jóvenes de gran calidad entre los que destacaban Andreu Vidal (muerto en 1998), Jordi Cornudella, Isidre Martínez, Margarida Pons, Jordi Larios, Xavier Lloveras, Albert Roig, Carles Torner, Jaume Subirana, Antoni Puigverd, Josep Ballester, Lluís Figuerola, Carles Duarte, Xulio Ricardo Trigo, entre muchos otros como los veteranos y heterodoxos Carles Hac Mor y Enric Casassas. La actitud de la mayoría de estos poetas jóvenes resultaba menos militante y más relacionada con la cultura clásica o con las formas de vida modernas, desde el ámbito doméstico a la música *pop*. A pesar de la diversidad de registros, en la mayoría de los casos, se trata de una poesía escenificada en un paisaje urbano.

Esta tercera promoción más o menos clara ha visto nacer a autores de gran talento de una nueva generación universitaria. La vinculación a la poesía oral y la calidad formal, la proximidad a la música o a la poesía experimental puede vincular a todos estos jovencísimos poetas nacidos en la década de los setenta, entre los que deberíamos citar a Josep Porcar, Sebastià Alzamora, Melcion Mateu, Eduard Escofet, Núria Martínez Vernis y Josep Pedrals como primeros nombres de una lista de una poesía que se ha mostrado más viva que nunca después de este período de paradojas normalizadoras.

## Una experiencia personal

Quizá pueda resultar pretencioso atribuirse el éxito o la supervivencia de una literatura, pero lo que puedo constatar es que muchos de los que nos iniciamos literariamente en catalán hemos trabajado enconadamente, primero por la supervivencia y luego por intentar transmitir un viejo eslogan que cada día se repite menos: «Només la qualitat ens salvarà» (Sólo la calidad nos salvará). Este criterio ha luchado contra la política de la Generalitat de café para todos, en que se han subvencionado durante años todos los libros literarios que se presentaban sin el más mínimo criterio de calidad. Muchas veces hemos sospechado que algunos de estos libros no se los han leído ni los responsables de la traducción ni tampoco el editor. Quizás sólo el sufrido corrector. Esta política de subvenciones, unida a una industria incipiente con un mercado en ampliación, han provocado que no siempre el criterio cualitativo haya prosperado. Los premios, que han servido para poder pagar el esfuerzo de los escritores, han deformado asimismo sus propósitos hasta convertirse en refugio de oportunistas y han provocado inflación y competencia desleal. Este estado de cosas, de perversiones entre la administración y los agentes de la cultura, no difiere mucho de lo que sucede en España o en otros países europeos.

Mi experiencia personal está ligada a las tribunas en catalán que se generaron en los ochenta, como, por ejemplo, el *Quadern de Cultura* de la edición catalana del diario *El País*, y las revistas *El Temps* y *El Món*. En ellas y en algunas otras nos iniciamos los críticos y los periodistas culturales catalanes de la nueva generación. Hablo de gente solvente como Julià Guillamón, Manel Ollé, Oriol Castanys, Anna M. Gil, Miquel Porta Perales, Estanislau Vidal-Folch, Carles Geli, el colectivo Joan Orja, Xavier Pericay y una lista inacabable de nombres que han dinamizado la cultura de este país.

También dirigí durante casi todos los noventa la revista literaria *Lletra de Canvi* (del mismo grupo que *Quimera* y *El Viejo Topo*), una cabecera que surgió con grandes ambiciones, pero que sucumbió entre la anemia y la falta de apoyos de una industria demasiado mal alimentada por la administración. Un caso parecido me sucedió durante la corta singladura del suplemento catalán de la revista *Qué leer*, que desapareció sin que los editores lo tuvieran en consideración. La historia de la edición es una historia de naufragios, de los que nadie se ha librado. Personalmente también quiero destacar el éxito –a pesar mío– del suplemento de libros del diario *Avui*, que dirijo desde 1989. Veinte páginas semanales han incrementado las ventas del diario y me consta que son un punto de referencia para la sociedad literaria catalana, refractaria a tantas y tantas cosas.

Paralelamente a la militancia en la divulgación de nuestra herida literaria, he podido salvar mi obra literaria con una colección de libros de versos –minoritariamente perversos– y con una novela. Yo que me inicié en los círculos concéntricos de la contracultura en los setenta, he acabado intentando que estos criterios económicos no lo acaben de estropear todo. La demanda de la revolución ha quedado supeditada a mantener la dignidad en el frágil territorio cultural. En todos estos años ha cambiado el mundo y no es una justificación reconocer que el principal objetivo ha sido no perder el norte, ni perecer ante los cantos de sirenas de las empresas que lo supeditan todo a los balances o a la política que todo lo engulle.

Otro fenómeno que he encontrado preocupante ha sido la desaparición o marginación progresiva de los directores literarios en la mayoría de los sellos editoriales, que han sido substituidos por ejecutivos y por los responsables de prensa. A menudo, más que hablar de la calidad de un autor o de un libro, se habla de las ventas que ha tenido o que puede tener. Cada día se diseñan más los éxitos desde los despachos y el éxito parece que tiene que ser a cualquier precio. Triste destino nos espera si no somos capaces de cambiar la tendencia. Parece que se han importado las peores dinámicas del capitalismo más sofisticado. Hoy cuando se habla de la desaparición de las librerías, de la substitución del formato libro y de otras perversiones del consumo, mis esperanzas se renuevan sabiendo que no lo podrán estropear todo. Malos tiempos para la lírica, es decir, los mejores para crearla.